


Martínez Torres, José Antonio, Valpuesta Villa, Iñigo, (Eds.): *Un Oriente Ibérico. Política, cultura e intercambios mercantiles en el nacimiento de la globalización, 1580-1668*. Granada: Editorial Comares, 2025, 283 p.

María Dolores Elizalde Pérez-Gruoso

Instituto de Historia, CSIC ✉ 

E-Mail: lola.elizalde@cchs.csic.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7650-5521>

<https://www.doi.org/10.5209/rcha.108886>

Este libro se inserta en varias corrientes historiográficas interesantes y novedosas. Por un lado, es una brillante contribución al análisis de la significación, funcionamiento y evolución del *Oriente ibérico* dentro de la historia global, un capítulo con frecuencia olvidado dentro de las grandes construcciones globales. Por otro lado, constituye un estudio sobresaliente sobre el decisivo papel desempeñado por los territorios de la Monarquía hispánica en el nacimiento de la primera globalización, poniendo de relieve las constantes conexiones que se produjeron en aquella época entre Europa, Asia y América, a varios niveles. Al tiempo, el volumen profundiza en el conocimiento de la presencia y gobernación española en Filipinas y las islas Molucas entre 1560 y 1668, desbordando el periodo de la unión de las Coronas de Castilla y Portugal (1580-1640). Finalmente, se incluye en la renovadora corriente historiográfica que en los últimos años está revisando la dimensión internacional del reinado de Felipe III, subrayando la influencia que en su desarrollo tuvo el ámbito asiático.

El libro se revela así como un trabajo excelente, realizado por colegas excelentes, reunidos para elaborar de forma conjunta una contribución decisiva sobre los temas enunciados. Consta de una serie de trabajos bien combinados que no son una mera superposición de textos, sino una guía armónica que transita por cuestiones sucesivas que se complementan entre sí. El volumen, de 283 páginas, se divide en dos grandes apartados: Política y Cultura y Navegación e Intercambios Mercantiles, aunque luego va más allá, como pronto descubriremos. Está compuesto de veintitrés capítulos y un epílogo, asentados sobre rigurosa documentación de archivos y una bibliografía relevante y actualizada que el lector podrá encontrar en las notas a pie de página y al final de cada trabajo, conformando una estupenda guía para futuras investigaciones. La obra cuenta también con el respaldo de dos prestigiosas instituciones: Casa Asia, que ofreció las salas de su sede en Madrid para las necesarias primeras reuniones e intercambio de ideas entre los investigadores, y cuyo director, Emilio de Miguel, realiza una interesante reflexión final al volumen; y la Editorial Comares, convertida en un faro que ilumina muchas de las mejores investigaciones de este país.

En ese marco, varios de los autores realizan un recorrido histórico de primera categoría sobre la proyección española y portuguesa en Asia y sobre la administración y objetivos de los territorios que gobernaron, en teoría de 1560 a 1668, pero en la práctica desde el inicio más temprano de esas relaciones, a fines del siglo XIV, y hasta bien entrado el siglo XVII (Martínez Torres; Valpuesta; Campos; Sánchez; Pinzón). Se analizan, luego, una serie de instrumentos, figuras y rutas de comunicación que proporcionaron cauces para el conocimiento, la información, el

diálogo y la financiación, y que permitieron la gobernación y desarrollo de los territorios orientales de españoles y portugueses: desfilan así cartógrafos, mapas y libros de referencias (Loureiro, Campos); procuradores e informes (Sánchez, Coello, Amate, Martínez Shaw, Alfonso Mola y Busquets); prestamistas y comerciantes (Rivas); rutas de navegación (Almorza, Pinzón, Iaccarino), y algún caso particular, como la importante presencia china en Filipinas (Busquets).

De tal forma, en el libro se traza, en primer lugar, un espléndido friso de la situación internacional de la Monarquía hispánica en todos sus frentes, europeo, americano y asiático, y de la estrecha interconexión entre ellos. Los capítulos de José Antonio Martínez Torres, Íñigo Valpuesta, Antonio Campos, Jean Noël Sánchez y Guadalupe Pinzón nos ilustran, primero, sobre las razones que animaron a la extraversión ultramarina a los reinos de Portugal y a Castilla. Recogen, así, tanto las Bulas Papales, y en particular las Alejandrinas de 1493, legitimadoras de la expansión por su finalidad evangelizadora, como los tratados de Tordesillas (1494) y de Zaragoza (1529) firmados por ambos reinos para delimitar los ámbitos respectivos a fin de evitar conflictos territoriales. Desgranar, luego, la ruta portuguesa hacia las islas de las especias y la progresiva creación de factorías en puntos estratégicos de Asia que les permitieran el control de las rutas de navegación y comercio en el área, aprovechando la crisis que experimentaron los poderes nativos en Persia, India y el sudeste asiático, así como la decisión de China y Japón de no extenderse por el Índico. Se recuerdan así el viaje de Vasco de Gama a la India en 1497-98, en un claro desafío al anterior monopolio comercial de venecianos, genoveses y árabes, y la instalación posterior de fortalezas durante el siglo XVI: Goa, como base de operaciones, en 1510; Malaca, el puerto más importante de la península malaya que les abrió las rutas comerciales al resto de Asia, en 1511; Molucas, el corazón de la anhelada especiería, en 1512; la costa del sur de China, en 1513; Ormuz, en el acceso al golfo pérsico, en 1515; el primer fuerte portugués en Ternate, en 1522; otras factorías en Banda, en 1523, y en el norte de Ambon, en 1563; Tidore, en 1578, tras la expulsión portuguesa de Ternate por parte del sultán de ese territorio; además del establecimiento de comunidades portuguesas en otros lugares. Se conformaba así un *Estado da India* portugués, gestionado por un virrey desde la costa oeste del subcontinente indio. La empresa fue complementada por la llegada a Japón, en 1542, por el permiso temporal a establecerse en Macao, en 1554, y por la creación de una flota que una vez al año unía Macao con Nagasaki. Esa formidable arquitectura levantada por los portugueses en Asia, se vería, sin embargo, desafiada pronto por españoles y holandeses.

En paralelo al asentamiento portugués, los castellanos trazaron su propia ruta hacia Asia y las islas de las especias navegando siempre hacia el Oeste, atravesando el Atlántico y luego el Pacífico, hasta llegar a la Micronesia y a Filipinas en 1521, en el primer viaje de circunnavegación liderado por Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano. Esa expedición, y otras sucesivas, permitieron el establecimiento definitivo de Miguel López de Legazpi en Filipinas, en 1565, iniciándose así la larga administración española de ese archipiélago, que se mantendría durante de más de trescientos años, y facilitaría su proyección sobre otros lugares de Asia. Dentro de esa experiencia, en este volumen se estudian, en especial, la gobernación de Filipinas en el tiempo de la unión de las dos Coronas (1580-1640); el auxilio prestado desde este archipiélago a las posiciones portuguesas ante la amenaza que supusieron la llegada y las ambiciones de los neerlandeses en este área; así como la transformación de este ámbito oriental en un nuevo frente de confrontación en la lucha entablada entre españoles y holandeses en Flandes.

En las últimas décadas del siglo XVI, la hegemonía que en esa centuria habían tenido portugueses y españoles fue desafiada por la aparición de otros navíos europeos que comenzaron a navegar por los mares asiáticos. Si en tiempos de Felipe II se produjeron las expediciones de Francis Drake (1577-1580) y Thomas Cavendish (1586-1588) y una nueva amenaza inglesa pareció cernirse sobre Asia, en el reinado de su hijo, Felipe III, apareció un peligro aún mayor: la expansión de comerciantes de las Provincias Unidas de los Países Bajos por el Sudeste asiático y la creación en 1602 de la VOC (Vereenigde Oostindische Compagnie), la Compañía Unida de las Indias Orientales, que puso en riego las plazas ibéricas en Asia. Su propósito en el Índico y en los mares de China y de Japón estuvo ligado al interés por los preciados productos de la especiería, pero también a la intención de disputar el predominio ibérico en aquel ámbito, abriendo con ello un nuevo frente en la lucha que mantenían en Europa. Las pretensiones neerlandesas se vieron

favorecidas por la publicación en esas fechas del *Mare Liberum* de Hugo Grocio (1609), que sentó las bases para que otras potencias europeas pudieran justificar el navegar y comerciar libremente por el mundo y se convirtió en un referente del moderno derecho internacional marítimo.

En ese contexto, durante los años de la unión de las Coronas de Castilla y Portugal, en los que los monarcas españoles Felipe II, Felipe III y Felipe IV reinaron sobre los dos reinos, la Monarquía hispánica se vio obligada a defender tanto la posición española en Filipinas y las Molucas, como los territorios bajo administración portuguesa en el Sudeste asiático ante los embates neerlandeses. Especialmente duro fue el pulso bélico que mantuvieron en torno a las ricas islas de las especias, a principios del siglo XVII, y la propia defensa de Manila frente a los intentos de sitio de los holandeses y también frente al temor de que chinos, japoneses o las incursiones piráticas desde el sur de Filipinas pusieran en peligro el asentamiento español. Se abrió así un periodo de extrema movilización militar en Filipinas.

A pesar de que durante la unión de las dos Coronas portuguesas y castellanas mantuvieron la autonomía y las formas de gobernación, funcionamiento y objetivos en las plazas ultramarinas, Felipe II (1556-1598) se vio obligado a ocuparse de la defensa conjunta de los territorios de los dos pueblos en Asia, en un tiempo de pugna por la hegemonía global. Así, en la década de 90, se intentó recuperar el control del reino de Ternate, en las Molucas, en rebeldía contra los portugueses desde mediados de los 70. En 1593, desde Filipinas se organizó una gran flota para tratar de tomar el control definitivo de la región, un propósito fallido tras el alzamiento de los remeros chinos en la travesía de ida y el asesinato del gobernador Gómez Pérez Dasmariñas, lo cual no obstó para que en los años siguientes se siguieran organizando más intervenciones armadas, e incluso se realizaran operaciones en Camboya en 1596 y 1598, y en El Pinal, en la costa de China, en 1598, donde se intentó establecer un enclave similar al Macao portugués que, ante las protestas portuguesas, no se concretó.

A la muerte de Felipe II le sucedió en el trono Felipe III (1598-1621), asesorado por el duque de Lerma, quienes, a pesar de aspirar a cerrar los frentes abiertos con Inglaterra y con los rebeldes neerlandeses, no pudieron evitar que la guerra contra Flandes continuara y se reflejara en Ultramar, lo cual obligó a aumentar la movilización militar en las Molucas y en Filipinas, tanto por parte portuguesa como española. En 1600, entró en la bahía de Manila de la flota mandada por Oliver Van Noort y poco después una armada de la VOC consiguió expulsar a los portugueses de Ambon y Tidore. En respuesta, los españoles, comandados por el gobernador general de Filipinas, Pedro Bravo de Acuña, con el respaldo de Madrid y de Nueva España, y también con el apoyo local de Tidore, enviaron en 1606 una potente armada a Molucas y consiguieron expulsar a los holandeses y establecer guarniciones en Tidore y Ternate. No obstante, los holandeses recuperaron pronto lo perdido y reanudaron sus ataques a Filipinas.

Tras años de negociaciones, en 1609 se firmó en Europa lo que se conoció como la Tregua de los Doce Años, que debería haber significado una pacificación en todos los territorios en pugna, una circunstancia que en Asia no se cumplió, sino que se vivió una intensificación de los conflictos. Los neerlandeses emplearon esos años de tregua para mejorar sus posiciones en las Molucas y no dejaron de hostigar a Manila. Los españoles tardaron en reaccionar y hasta 1611 la Monarquía no empezó a responder a las señales de alarma que el gobernador Juan de Silva enviaba desde Filipinas. En ellas Silva defendió entonces que la presencia holandesa en Asia no era solo una amenaza local, sino global y existencial para la Monarquía hispánica. Si la VOC expulsaba a los españoles de las Molucas y consolidaba su control sobre el archipiélago, dispondría de recursos para proyectarse hacia el norte y dominar el comercio con China y Japón, lo cual había empezado a manifestarse tras la instalación de una factoría en Hirado en 1609. Eso podría estrangular la economía filipina, dependiente del comercio, y dejar a los españoles fuera de juego en la región. Los holandeses podrían lanzarse entonces hacia las costas desprotegidas del Pacífico americano, y amenazar vitalmente la plata peruana. Para evitar esos peligros, Silva propuso articular una flota mucho mayor que la de los intentos anteriores, con la que atacar a los holandeses en las Molucas y destruir las fuerzas navales de la VOC. Buscó para ello el respaldo de la Península, de Nueva España y de la India portuguesa y durante años luchó por hacerlo realidad. Sin embargo, a pesar de que se consiguió la colaboración administraciones de la Monarquía

muy alejadas entre sí y desde los tres espacios se aprobó el envío de flotas y tropas de auxilio, por diferentes razones, ninguna de ellas consiguió llegar a su destino. Sin saber que esos respaldos no llegarían, Silva partió de Manila, en febrero de 1616, con la poderosa flota que consiguió reunir en las islas. Su primer destino era Malaca, donde esperaba juntarse con los demás navíos. Al llegar allí, el gobernador contrajo unas fiebres y murió. Sus capitanes, al saber que no llegarían los refuerzos esperados, decidieron volver a Manila con tan mala suerte de que muchos barcos se perdieron en el retorno. Después del desastre de esa gran armada, y exhaustas las fuerzas, Manila quedó desprotegida y sufrió nuevos sitios de febrero 1616 a abril 1617 y de octubre de 1618 a mayo 1619 e incursiones neerlandesas casi anuales hasta 1625. Especialmente peligrosas fueron las incursiones de 1621 y 1622 en las que la VOC fue acompañada por navíos de la East India Company (EIC), la compañía privilegiada británica formada en 1599, una alianza que podría ser peligrosa para Filipinas. Sin embargo, los embates rivales no consiguieron el objetivo de dañar gravemente la economía filipina, ni grandes beneficios de sus capturas. Los holandeses evitaron a partir de entonces el combate directo por el coste que supondría la pérdida de sus navíos. No obstante, la guerra y el esfuerzo casi constante de tantos años originaron una presión añadida sobre unas Filipinas exhaustas, que sobrevivían gracias al comercio del Galeón de Manila, cada vez más prometedor y seriamente reglamentado desde 1593.

En los últimos años del reinado de Felipe III se apreció un cambio de estrategia en el sudeste asiático. La Junta de Guerra de Indias dejó de atender muchas de las demandas de ayuda militar desde Filipinas y ya no hubo más órdenes para impulsar una gran armada que expulsara a la VOC y a los holandeses. Aunque se envió algún socorro a Molucas para no retroceder en ese territorio, ya no se pensó en ataques ni en nuevas conquistas, sino que se adoptó una nueva política defensiva. Esa línea de conducta prosiguió y se aumentó en el reinado de Felipe IV (1621-1665). Tras el fin de la Tregua de los Doce Años, en 1621, la atención se volvió hacia Europa, con el objetivo de tratar de recuperar el prestigio de España. Flandes y el imperio se convirtieron en los puntos de interés y la fricción con los neerlandeses se concentró en ese escenario y en cierta medida en América. Se mantuvo el valor del espacio del sudeste asiático, pero se relegó la idea de que Filipinas era un espacio decisivo para la Monarquía. En Manila hubo una necesaria adaptación tanto a las directrices enviadas desde Madrid como a la propia realidad y capacidad de las islas, más mermadas que antes de la gran armada de Silva. Desde entonces se adoptaron planteamientos defensivos para mantener las islas y los objetivos fueron aumentar los recursos mediante el comercio con China y Nueva España, moderar gastos, amparar a los naturales, mantener el orden interno y asegurar la defensa con los medios disponibles.

En ese contexto histórico, detalladamente estudiado, fue necesario idear bien la forma y los medios que pudieran hacer factible que todos esos procesos pudieran llevarse a cabo. En este volumen se analiza una amplia representación de los personajes y de los instrumentos que contribuyeron a esa empresa.

Se explica, así, cómo, cuando Felipe II subió al trono y se unieron las Coronas de Castilla y Portugal se encontró con el desafío de supervisar los territorios portugueses del *Estado da Índia*, para lo cual necesitó conocer más datos de ellos. A tal fin se elaboraron los libros de ciudades y fortalezas ibéricas en Asia, estudiados en este volumen por Antonio Campo. En ellos se recogía información, ilustraciones y mapas de los principales fuertes. Se comenzaron a elaborar en los inicios de la expansión lusa y fueron proseguidos hasta los tiempos de Felipe IV. Su objetivo era proporcionar conocimiento que pudiera facilitar a los monarcas de la casa de Austria el gobierno de los territorios asiáticos. Pero, gracias a su difusión por toda Europa, desbordaron ese propósito inicial y se convirtieron, no solo en manual de consulta para los Austrias españoles, sino en obras de referencia para conocer las características de las fortificaciones del Estado da India en Asia, así como las principales rutas de navegación, y acabaron por ser perfectas guías de información para las élites europeas, y por facilitar incluso la instalación de poderes rivales en aquel ámbito.

También los mapas y la labor de los cartógrafos fueron claves para conocer los territorios asiáticos. Así lo demuestra Rui Manuel Loureiro en el estudio que realiza de la figura de Luís Jorge Barbuda, formado como cartógrafo en Lisboa. Desde allí tuvo acceso a los mapas chinos

llegados a Portugal y a otras redes de información informales de geógrafos, ilustradores y editores que pasaban por aquella Corte, unos conocimientos que le fueron muy útiles cuando en 1579 entró a trabajar al servicio de Felipe II. Pudo colaborar entonces con círculos cartográficos españoles, y en especial con la Casa de Contratación, en la mejora de los mapas del mundo asiático. Ello le permitió elaborar un mapa de China muy novedoso porque no solo reflejaba las costas, incluso las más orientales, no frecuentadas por navegantes portugueses, sino también el interior, habitualmente en blanco en otros mapas, e incluía fortificaciones, ríos, montañas y una representación de la Gran Muralla. Registraba también, por primera vez, los nombres de las quince provincias de la China de la era Ming, aunque su ubicación no era del todo correcta. El mapa fue incluido en 1584 en el *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius y tuvo una extraordinaria circulación por Europa en las últimas décadas del XVI y las primeras del XVII. De nuevo una fuente elaborada para el servicio de monarcas españoles se convertía en un instrumento de conocimiento para los demás países europeos, incluidos los rivales en Asia.

Destaca, luego, en el libro, el análisis de una serie de figuras e informes esenciales para el conocimiento político de los territorios asiáticos por parte de la Corona, facilitando que esta pudiera gobernar en la distancia, en la época de la “primera mundialización”. Como bien se señala, la expansión por tierras americanas obligó a la Monarquía a dotarse de mecanismos y técnicas administrativas capaces de conectar sus territorios europeos con los americanos para así velar por uno de sus principales pilares políticos: mantener una comunicación constante entre el rey y sus súbditos (Carlos Amate). En ese diálogo entre la metrópoli y el ultramar destacaron los procuradores, religiosos y civiles, que ejercieron de nexos informativos, de portavoces de los problemas y las necesidades del Ultramar, e incluso de “lobistas” de los intereses de determinados círculos. Elaboraron, así, informes y peticiones en papel al rey, justificaron la razón de ser de Filipinas, pusieron de relieve los conflictos existentes y propusieron remedios para su solución, sin olvidar tampoco la intención subyacente de influir en el monarca para defender intereses sectoriales. En esa línea, en el volumen se analiza la figura del procurador Hernando de los Ríos Coronel y la reflexión que expuso en su memorial de 1621 de la significación central que tenía Filipinas dentro del cuerpo de la Monarquía (Jean Noël Sánchez). Se aborda también la contribución del padre Chirino, un jesuita misionero y rector de varias instituciones educativas en Filipinas, que ejerció como procurador en Roma y en Madrid y se convirtió en portavoz de los intereses de las islas, en recopilador de conocimiento empírico, así como en reclutador de misioneros para Filipinas, calificándole incluso como “carta viva” que informaba de las vicisitudes de los territorios de Ultramar y como una herramienta indispensable de la Monarquía Hispánica para “vencer la distancia” de su vasto imperio (Alexandre Coello de la Rosa). Se presenta igualmente una interesante contribución sobre el importante papel que desempeñaba la población china en Filipinas, y sobre el temor que a pesar de ello despertaban en Manila por la amenaza que podían representar a su soberanía; en directa relación con ese tema, se estudia la figura del jesuita Vittorio Riccio y el doble papel que jugó ante las autoridades españolas, primero, como embajador de las medidas que presentó Zheng Cheggong -Koxinga-, cuando exigió tributo y amenazó con asaltar Manila si no se aceptaban, y luego como redactor de un manuscrito en el que se cuestionaba la conveniencia de que los chinos se asentaran en Filipinas y se señalaba los mecanismos que habría que articular para asegurar la convivencia, siempre con el objetivo de garantizar la seguridad de Manila y del archipiélago (Anna Busquets).

Si los textos anteriores analizaban sobre todo las reflexiones políticas aportadas por distintos procuradores y consejeros para facilitar la gobernación de los monarcas desde la metrópoli, los siguientes trabajos se centran en el papel que otras figuras similares desempeñaron en el campo económico. De tal forma, se estudia al procurador general Juan de Grau y Monfalcón y las recomendaciones que en 1635 ofreció sobre la mejor manera de organizar el tráfico del Galeón de Manila; en ellas defendía los intereses comerciales del Cabildo de Manila en el comercio transpacífico; desaconsejaba por eso una medida que la Corona estaba estudiando si introducir en Manila, y desaconsejaba la aprobación de añadir un 2 % más sobre las cargas fiscales directas que se imponían sobre el comercio, alegando que esa medida podía desincentivar el tráfico comercial y provocar la resistencia de los comerciantes locales; se pone de relieve, así, en este

análisis la importancia que tuvieron los memoriales para introducir el sentir de las islas y las perspectivas de las corporaciones locales, así como proyectos individuales emanados de la experiencia de muchos años, todos ellos encaminados a proponer los mejores medios para gobernar la Monarquía (Carlos Amate Pizarro). En paralelo, pero en estrecha relación con esas figuras que aconsejaban a los monarcas sobre la mejor manera de gobernar Filipinas, se analiza otro semblante que ejemplifica el papel de los arbitristas para paliar la crisis económica que se experimentó en el siglo XVII, y se introduce así a Horacio Levanto, un personaje estudiado anteriormente por Mariano Bonialian. Era un cargador de Indias que en 1620 escribió un memorial sobre el comercio entre China, México y España y el impacto de las sedas chinas en la economía imperial; un texto que adelantó los muchos escritos que casi un siglo después se escribirían defendiendo la necesidad de abrir una nueva ruta de comercio directo entre Filipinas y la Península y crear una compañía privilegiada que enlazara aquel archipiélago por el cabo de Buena Esperanza (Carlos Martínez Shaw y Marina Alfonso Mola). El análisis económico introducido por los dos últimos trabajos se prosigue por otro interesante texto que analiza cómo el desmantelamiento de la red comercial y financiera portuguesa en el imperio español y la ruptura de la conexión Manila-Macao en la década de 1640 obligaron una suplantación en la financiación del comercio manileño, tanto pacífico como intra-asiático, y coadyuvaron al origen de las obras pías de correspondencia de Manila a partir de 1668, fecha en la que se creó la Casa de la Misericordia de Manila, que jugaría un papel clave en la financiación del tráfico del Galeón (Juan José Rivas Moreno).

Finalmente, en el libro se analizan y destacan las diferentes rutas de comercio derivadas del comercio con los territorios del *Oriente Ibérico* en el seno de un imperio que abarcaba dimensiones globales, tal como evidencian los siguientes textos. Así, a través del estudio del navío *San Juan de los Reyes* se amplía la mirada, se destaca la importancia de las rutas costeras del Pacífico americano en los circuitos económicos que marcaron la primera globalización, y se subrayan las conexiones con el Galeón de Manila y la Carrera de Indias y las rutas Panamá-Lima y Nueva España y Perú (Amelia Almorza). De igual forma, se reflejan los debates ibéricos en torno a las rutas marítimas comerciales que iban más allá del trayecto habitual del Galeón entre Manila y Acapulco a través del estudio del caso del navegante portugués Joao da Gama que en 1588 partió de Macao rumbo a Nueva España con una nave de 600 toneladas con fines comerciales, a pesar de que sabía que iba en contra de las normativas tanto españolas como portuguesas; de tal forma, se revisan las relaciones marítimas y comerciales entre Macao, Manila y Nueva España y los consejos que desde distintas perspectivas –Goa, Malaca, Manila, Macao, Nueva España– se enviaron al monarca a favor o en contra de tal posibilidad (Guadalupe Pinzón), y que concluyeron con la adopción en la década de 1590 de una reglamentación más severa que fijó las normas a seguir en el tráfico del Pacífico e incluso en la circulación de personal marítimo en ese océano (Guadalupe Pinzón). Siguiendo con el propósito mostrado por el libro de aportar una mirada global, en otro texto se explican también los viajes establecidos por la “nao de Japón” entre Manila y Kyūshū en la primera década del siglo XVII, mostrándolos como una tentativa del gobierno de Filipinas para asegurar suministros a los almacenes reales frente a la dependencia del comercio chino y las remesas de México; con ello se realiza un documentado análisis sobre el intercambio de productos entre Filipinas y Japón y la regularización y efectos de ese comercio, explicándolos en conexión con lo que pasaba alrededor y las necesidades de en cada momento; y reflejando las protestas de los mercaderes portugueses ante la intromisión de los españoles en Japón, que podría poner en peligro la supervivencia de Macao y la preponderancia que los comerciantes de su país habían tenido en esa ruta (Ubaldo Iaccarino). Más allá, incluso, se va con el estudio de la Compañía danesa de las Indias Orientales, creada en 1616, y las circunstancias del viaje del patache danés *Dend Gode Haab* a Manila en 1645, que refleja cómo el tráfico del Índico y el Pacífico se expandía ya hacia nuevos más países y expectativas que superaban el marco controlado inicialmente por portugueses y españoles en aquel *Oriente Ibérico*.

Tras este detenido análisis, el lector podrá entender fácilmente la recomendación y la necesidad de leer un volumen colectivo imprescindible ya para el estudio de la extraversión ibérica en Asia y la creación de redes e instrumentos de gobierno y comercio en la Monarquía hispánica. En el volumen se consigue, además, ampliamente, su principal propósito: subrayar la influencia de la

Monarquía hispánica y de cultura ibérica en Asia en el tiempo de unión de las Coronas castellana y portuguesa, en ese medio siglo que los portugueses y los españoles obedecieron al mismo rey. Se consigue poner de relieve también la importancia de la cooperación entre ambos reinos tanto en lo económico, como en materias defensivas, en los vulnerables territorios de Ultramar, ante la ofensiva neerlandesa que quiso romper el monopolio ultramarino ibérico en los mares y océanos del mundo. En ese esfuerzo, y frente a la habitual centralidad asignada a Madrid y a Lisboa en la administración de sus respectivos imperios, en el libro se resalta la relevancia que tuvieron Sevilla, México, Goa, Manila y Malaca en la evolución y en las decisiones relativas a la gobernación de los territorios ultramarinos. De tal forma, en plena consonancia con las tendencias historiográficas actuales, en esta obra se constata la decisiva influencia de los territorios no europeos en la conformación y trayectoria de las entidades globales en las que se integraban.